

F. Sierra de los Ríos

LA RAMA VIVA

1917
FRANCISCO GINER DE LOS RIOS

LA RAMA VIVA



EDICION TEZONTLE

MEXICO

1940

MUCHOS de estos poemas amorosos, que hoy reuno bajo el título de "La rama viva", fueron escritos antes de nuestra guerra, cuando el cielo pesaba menos sobre los hombros. Quiero dejarlos así, y así quiero darlos. Es dulce, junto a la luz primera y definitiva que es mi limpio destino de español, la tristeza alegre de volver a encontrar este "bondo y alto latir sin cuento", tierno y angustiado, que no me abandonó nunca.

F. G. R.

PARA que la poesía de amor ame y perdure, tiene que ser muy verdadera, es decir, tiene que ser muy verdadero su amor y de un sentido muy hondo. La llamada poesía intelectual de amor o de amor intelectual es fatalmente fría, y, como no puede ser frío el amor, ni es amorosa ni es poética. Es sólo literatura y puede ser bella e insigne.

Tampoco puede ser copia de otra la poesía de amor ni de dolor, como el amor y el dolor no pueden estar copiados de otros.

Toda tu alma en agua aún me riega la sed
y el río de tu cuerpo me corre por el cuerpo.

En mi conferencia sobre la crisis del espíritu en la poesía española e hispano-americana contemporáneas (que leí el año 37) señalaba yo el nombre de este Francisco Giner, entre otros, como ejemplo de una juventud que reaccionaba ya por fortuna contra tal estado literario intermedio, ampuloso o injenioso o barroco, retorno a nuestro teológico XVII de oquedad, aparato y falsía, y mezclado con otro estado de incoherente impulso morboso. ¿Para qué más siglos de oro ni más años de basura? No, siglos de aire, de tierra, de agua, de fuego ele-

mentales y sencillos son los que le hacen falta a nuestro desventurado planeta.

La poesía en jeneral (y la de amor, sin duda) puede ser (es mejor que no lo sea) intrincada y difícil, no ampulosa ni magnificente. La magnificencia y la ampulosidad son propias de la forma, no de la idea. De todas las profundidades, yo prefiero la del sentimiento, el hallazgo emocional, aunque su expresión, que anhelo completa, sea, en el poeta nuevo, vacilante y fragmentaria, mérito propio de la desbordada juventud. Que la juventud no debe venir perfecta ni la madurez continuar desbaratada.

La rama de tu muerte hace sombra en mi agua
y tengo aún el deseo todo roto en los brazos.

Con su "ardor constante", cruce del fuego de los amores eternos, Francisco Giner (¡qué fortuna, Ausente entero, jeneroso y libre, que lleve hoy tu nombre quien lo lleva!) me afirma y asegura que en este feo campo jeneral de egoísmo y mentira, tráfico de una turba equivocada, sube libre, jeneroso y entero también, un poeta joven, cuya vida interior, hermoso clavel español en apretada ascua, estalla con lengua de poesía verdadera y de amor verdadero, única redimidora posible de nuestra sorda vida.

Yo iré por ti a los cielos con la estrella más alta
y en el bosque seré más árbol que los árboles.

JUAN RAMON JIMENEZ

ARDOR CONSTANCE

ARDOR abierto y puro
que te brindas sin manos
y con labios apenas:
yo soñaba una noche
en que marchar sin pausa,
buscando un frío aliento
que llenase las venas
de un seguro refugio,
y te encuentro a ti siempre,
anillo de tres cielos
que derramas estrellas.
Y te encuentro sin manos
en que abrazar tu viento
y con labios apenas.



AUSENCIA

A Carmen, en su cielo

... como la gaviota que en medio de la noche
tiene un color de sangre sobre el mar que no existe.

(Vicente Aleixandre)

EL cielo todo se enciende de miradas
y se apaga de besos.

La tierra se estremece de labios
y se yergue de lunas.

Yo no sé qué me tiembla en las venas
ni qué niebla es esta que me cubre los hombros.

Te has quebrado ya siempre sobre los ojos,
lejana en este río que te trae y te lleva
sin que pueda cogerte el ansia de mis brazos.

Se me vencen las sienes en el árbol del viento,
se desmaya mi voz en la flor de la noche,
ya no encuentran mis manos sino frío de ausencia

y se pierde mi sangre en un aire ya solo.

La rama de tu muerte hace sombra en mi agua

y tengo aún el deseo todo roto en los brazos.

VOSOTROS, los alegres,
los que lleváis los ojos
prendidos de mañanas
y abiertos de paseos,
los que reís jazmines
en la boca
y tenéis todavía
la garganta cerrada,
los que pisáis el cielo
en todos los caminos
y enseñáis a las manos
arroyos de buen sol,
vosotros no sabéis

lo que es amor tronchado
sobre su rama inmensa,
lo que es la rama viva
con la madera muerta.

ESTAS manos que un tiempo

moraron en tu cuerpo

y cogieron el aire

para llevar tu peso,

estas manos abiertas

en tu promesa blanca

que llenaron su ansia

con tu agua de hoja,

¡qué solas son ahora,

qué quietas sobre el musgo,

y qué mar todavía

para tu playa ausente!

(2546)

D:

2.00

1.75 inc.

DOS POEMAS DESESPERADOS

Se inclina un oleaje hacia una arena . .
(Jorge Guillén).

I

¡ESTA hierba que tiembla de mis pies
y me angustia al sentirla ya sólo para mí
Yo la oigo llamarte.
Quiere tu luz suave, tus hombros milagrosos
y tu cabeza hiriéndome los brazos de dulzura.

Yo me acuerdo,
ahora que estoy solo,
que siento en mí el amargo de tu ausencia
haciendo espuma en el mar de mi frente,

de cómo juntos cogíamos estrellas en la noche.

La noche

ahora igual que entonces todavía,

como siempre y mañana.

Y no estás ya conmigo

aunque te siento en ella.

Así estás por mis brazos, con su milagro oscuro,

colmando todo el cuerpo de tu blanco recuerdo.

Yo no sé más que muero

de vivir tan contigo,

teniéndote en los labios apasionadamente,

y sin poder llamarte

porque me duele el nombre

como un cielo sin vida.

II

¡ESTE ardor no encontrado de una mano
que se viene a la frente como el aire va a un chopo

y lo vierte en la luna!

Yo no sé qué luces encuentro por la rosa
que no saben a nada.

Sólo pienso en los labios que he perdido en la tierra
y que tanto sabían sobre mis ojos lentos.

Yo sé que tú me miras
desde tu cielo, ausente y deseada,
y quiero ser tan noble como antes,
tan hermoso como tú me querías.
Y sólo encuentro en mí
la llamada angustiosa del que sabe que no lo escuchan ya,
del que siente que está ya solo sobre las hojas,
bajo un cielo que pesa demasiado en los hombros.

¡A
HORA sí te recuerdo!

¡Y cómo duele la llaga escondida

cuando se vierte así sobre la tarde!

Las nubes se han perdido y el frío se ha abierto

como una flor que ha encontrado su agua.

¡Qué sienes más altas tenías, amor!

Como una llama al sol,

como un lirio a la noche,

y siempre, siempre, amor,

como un beso en los labios.

¡Qué nube por tus hombros

te escondía a mis ojos

cuando mis manos te encontraban toda

sobre la blanda hierba,
bajo los pinos anchos de la tarde!
Era cuando se alzaban todas las estrellas
para que el cielo pudiese cantar
su angustia desolada,
para que todos los arroyos encontrasen
su sitio entre los juncos.
Eramos los dos todo en la tierra,
destruidos de ansia y de encontrarnos,
uno en la noche y en los labios.

RECUERDO

SOLO yo bajo el cielo,
en la tarde sin gritos,
camino por mi alma
la ribera más pálida.
Mi angustia se ha llagado
en las ramas de un árbol,
y se vierte en la piedra
como un agua de hojas.
En las venas me duele
tu recuerdo de río,
y me hiere los labios
la luna de tus besos.

Hoy te buscan mis manos
en el aire callado,
y no cogen más risa
que el murmullo del agua.
Toda por mí rebotas
en un albor de sienes,
y en un aire de llama,
sin el fuego encendido
que te besaba siempre,
te quemabas en mis ojos.

ANGUSTIA

ERES un mar abierto
sin pausa en que mirarse
ni en que encontrar los ojos
que te busco.

Sin tenerte mis manos,
aún tiembles en su angustia,
y tu recuerdo vive
en mi alma extendido,
como la hoja más pura.

¡Ese blanco sollozo de tu carne
detenido en el aire
que rodea mi vida!

Eres un mar abierto,
derribado y presente,
y en tu agua te escudas
huyendo de mis brazos.
Y aún te marchas cantando
como si me llamas
todavía queriéndome,
y anhelaras presencias
que ya siempre me niegas.

T ENGO entero por mi tu recuerdo de amor.

Toda tu alma en agua aún me riega la sed
y el río de tu cuerpo me corre por el cuerpo.
¡Qué brisa más redonda había por tus hombros,
qué redondez de brisa!
¡Y qué angustia redonda me llenaba los ojos!
Yo no sabía entonces del misterio del aire
cuando la tarde tiembla sobre la rama oscura,
pero gozaba ya del fuego que la mirada quema
y que inunda la frente del calor de una mano.

Y aquella luz suave que guardaban tus labios
¡cómo me duele ahora sobre mis ojos solos!

SUEÑO ABIERTO

A María Luisa, siempre

. . . tu hondo y alto latir sin cuento.

(Juan Ramón Jiménez)

PRESENCIA TUYA

ESTAS presente y cierta
como la sed que el pecho desmorona
y que tu luz despierta
y alegre desazona
para morar contigo en mi persona.

Y si ella en mí desmaya
y mi pena desata y la desbrida
en ti encuentro la playa
a que llegar mi vida
y en que cerrar los labios a su herida.

Y si la angustia ruda

las ramas de mi pecho las meneas
y tu ausencia desnuda
en lo que me rodea
moviéndome la rabia a la pelea,
los ojos míos cierro
para verte más clara y toda mía
en este dulce encierro
de anhelo y de porfía
que te hace con mi sueño mi alegría.

Y desde el claro fondo
que los vientos fabrican y que tienes,
naciendo de su hondo,
riendo a mí te vienes
toda vertida en cauce de tus sienas.

Tengo tu frente pura
sobre la sed del hombro reclinada
como rama segura

sobre un agua callada
que siente desamparo en la mirada.

¡Qué fresca primavera
para este seco y triste desaliento
que esparcía su espera
por la mano del viento
tratando en vano de encontrar su acento!

La altura necesaria
aguarda limpia en tu mirar sereno,
segura luminaria
por la que siempre peno
cuando sin ti me ahogo en mi veneno.

Ahora en ti, ¡qué seguros!
¡Qué noble por tu luz desvanecido!
¡Qué flor mis dedos duros
sobre el dulce sonido
que cogen en tu brazo estremecido!

De tu luz sin arenas
me siento el alma llena, enamorado,
y me corres las venas
como un aire callado
que hubiera la mañana deshojado.

Ya la noche contigo
por el agua y el cielo se va yendo
y se queda conmigo
la mañana subiendo
hasta tu nombre puro en que me enciendo.

HOY, FEBRERO, TARDE DE TU CARTA

ESTOY, amor, con la tarde que se entrega a los ojos
como una rama al aire.

Todo tiene un vigor que nos llena los brazos
y nos vuelve la nuca al sabor de la tierra.

Las espadas no vienen, no hacen ya nunca falta,
porque el aire y el viento se han besado en el agua
y nos han dado el ímpetu de lo nunca sentido,
de lo soñado siempre con el sueño más claro.

Todo lo presentido se nos abre en los labios
con un sabor que anega la sien más escondida.

No me importa estar solo.

Te siento por mi pecho como una rosa,
por mis brazos como la plata más pura de una luna sin
lluvia,
y en el alma me quemas subiendo hasta los ojos en su
llama.

Ahora sí que estoy pleno, limpiamente seguro,
que he encontrado la vida sin angustias abiertas,
porque te espero, amor,
porque voy a encontrarte removiendo las hojas,
sacudiendo la calma del agua.

¡Qué tarde clamorosa embargando mi grito!

¡Qué nube y qué mirada!

Los juncos se renuevan con la noche ya próxima,
pero la luz no va por su canción tremenda.

La luz la llevo yo.

Te la he robado, tarde,
te la he escondido, amor,
para que tú la busques,

para que yo la encienda,
porque los ojos tienen más color sin el viento
y la venda no encuentra ya sangre que la limpie.

Tengo, sí, tu secreto,
el secreto que das al misterio del cielo.
Nunca he visto un misterio tan azul y tan claro,
tan hondísimo y duro.
No me niegues el agua
ni te escondas al árbol.
Yo iré por ti a los cielos con la estrella más alta
y en el bosque seré más árbol que los árboles.
No importa que no esperes,
que la tarde se pierda en tu estela de luces,
en ese dulce hueco que han dejado tus hombros.
Yo tengo ya tu nombre,
tu alegría de sienes resbalando en mis manos,
y tu grito seguro sin temblor que lo encierre.

DE soñarte y llevarte

quiero llenar mi vida.

Y amparar a los árboles

con tu nombre sin nombre,

con tu nombre que tiene lo que nunca se expresa,

lo que se queda siempre en temblor más guardado,

lo que le alegra a uno la vena más cerrada

por el pecho más hondo.

Lo perfecto en la nube,

en lo nunca alcanzado

y ya siempre tenido,

en los labios más puros

ya por siempre besados.

¡Qué plenitud te debo!

¡Qué lucha más precisa

en lo mejor de uno

por lo mejor de todo!

Así, quieto y callado,

así, todo en color emocionado y duro,

como esa luz escondida de los prados

que siempre se anheló para apoyar la espalda

y llenarse de cielo.

Robarte en todo

para llevarte a todo lo que es tuyo,

a lo que ya tenías

y tienes ya por mí con cada luz que nace

cuando los ojos callan.

Llévate de ti a ti,

y volver a empezar

otra vez en mí mismo.

Ir a encontrarte en mí,
sabiéndote ya toda en mi puro latido,
sembrada ya tu carne en la tierra más clara de mi pecho,
tu alegría embridando mi angustia en sus colores.

La lucha que me espera,
¡qué segura y qué nueva!
¡Qué amor para ella tengo
confundido en mi pecho con tu luz ya tenida!

Por tu nombre camino mi propio sueño abierto,
cuando en mí te paseo por la tarde entregada,
llevándote en mi alma al costado del aire.

SE ha levantado el cielo
como la noche sobre los juncos nuevos.
Tenemos la mañana los dos
como un recuerdo blanco por la frente,
y estoy seguro yo,
tú un poco cierta, con los ojos sin saberlo bien todavía,
de que nuestros labios se encontrarán sin sol,
pero llenos de esa luz suave
que las fuentes recuerdan
y que paran los pájaros que cantan y no sueñan
en las ramas más verdes y escondidas.

Ahora has llegado ya,

como una aurora de ramas y de trigos
que se vuelca sin frío sobre la tierra húmeda.
Ya no pesa el color de la tarde ya última,
porque tu mano llueve ese agua dulcísima
que buscaban mis ojos,
porque adivino suave,
en la luz durísima de mis dedos abiertos,
toda la fuerza alegre de tus venas amadas.

¡Qué cierta es esta luna
que me encuentro en tus labios!
Sobre la hierba nueva que ya alumbra en los prados,
me encuentro con tu sangre y tu carne purísimas.
La noche me enamora
y poseo su cuerpo como siempre,
tendido por lo largo, luminoso de quieto.
Pero hoy es por tu pulso,
por tus labios seguros,
por esos ojos limpios en que miro mi suerte.

TARDE

LOS labios adivinan la tarde,
tu tarde por mis manos,
en su carne más rota.
Toda mi sangre gime
la dulzura sin cuento
de tu sien escondida.
La palidez se llaga
sobre lo que se mueve
para hacerse tan quieta
como el sueño del agua,
como el árbol ya quieto
ya por siempre moviéndose.

Y así la tengo en mí,
con su blanco color
doliendo por mis dedos,
por mis ojos llovidos
de tu cielo encerrado.
No tengo ya más luz
que esa que aquí me duele,
que tu luz recogida
en su ancha paloma,
en su nevado lirio,
y en que apoya su sueño
todo mi ser sin muros.

NOCHE

¡OH, qué noche sin margen

con las venas al aire!

Las manos se revelan en los cielos oscuros
sobre las cuerdas nuevas que ignoradas tocamos,
y se orientan lejanas hacia nuevas estrellas.

La noche es un abismo a la hondísima noche
que ansío con la luz más clara de mi frente.

Hacia ella descendiendo por selvas de mi sangre
deshaciendo en tus dedos posibles
sus angustiosos pájaros.

No hay nada más tremendo que su cintura quieta



que siempre está aguardando que las manos la lleguen.
Necesito tus labios para bajar a ella,
para encontrarla docil en mis pulsos temblando.
Dos solas luces solas en una sola luz
son mi sola escapada.
Aquí, en la noche cierta que se esconde en la noche,
en su quieta cintura,
puedo encontrarte a ti,
con tus ojos de luna que ha besado la tierra,
con tu escondida sien que en los labios reluce,
con tus hombros redondos que ha nublado la brisa,
con tus alegres manos y sus flores frisstísimas.

ME estoy volviendo a mí,
a lo más puro mío,
a tu recuerdo abierto
en la rosa sin nombre
que me tiembla en la sangre,
y me viene tu mano,
como el grito más blanco,
más suave y más viento,
sobre la frente quieta
olvidada de todo.
En ella me refugio,
me busco por su sangre

y su pulso recorro
con mis dedos temblando.
¡Qué pájaro encerrado
aletea tus venas
buscándome los labios!
Yo me muero sin ti,
teniéndote las manos,
como tengo el recuerdo
de tu sien y tu brazo,
tu cintura y cabello,
solo en el aire solo
que me cerca la vida
y me lleva hacia ti.

¡EL encendido cielo de tu frente
en que tus sienes fingen cerradas amapolas pálidas!
Amor, que te escondes huyendo de mis labios
con el beso lentísimo que en tu aire me ofreces.
Te busco por mi pecho, por su hondón escondido,
que se desnuda aquí, tendido y solitario,
cuando la tarde mueve sus más últimas hojas
y la tierra se abre cálida en nuestros hombros.

En ti me salvo, amor, se salva mi alegría,
mi alegría tan tuya que en mis manos se aquietta
por verterse en tus venas y llenarte la sangre.
Y en tu sangre me busco, en tu sangre de nombres.

El nombre que te siento no lo encuentra la clara palabra.
Se encuentra solo, abierto, sin nombre y ya nombrado,
en tus luces lejanas que mis venas advierten.
¡Qué ardor más renovado te guardo por mis horas!
Eres la luz que busco, la luz que me arrebató
a lo oscuro y terrible que en la vida me encuentro
para entrarme en la muerte.

Por eso cuando pienso en quebrados afanes,
en primaveras muertas en su raíz primera,
en la luz que seguía perdida a mis espaldas,
me vuelvo a donde moras, hacia esta selva dulce que mis
venas te guardan,
y en ti salvo mi vida, entrando por tus ojos
y encontrando tu alma desvelada en sus rosas.
¡Qué destino limpísimo en mis pulsos recojo!
Aquí, sobre el recuerdo de tu frente tan blanca,
¡cuánto pájaro mío en su encendido cielo!

Tu figura pequeña va llenando mi noche
con dolor de recuerdo diluído en la frente,
como una nube quieta que se sueña y se teme
escondida en el pecho quietísimo de cielos.
Renovada agua viva de mi sangre y mis llagas
que me envuelves los ojos e iluminas mi angustia
de cristales callados en su grito tan firme.
Tan dulce por mis venas y mis sienas abiertas,
desesperada ansia de mis manos y brazos,
que en calor desdichado por aislado y oscuro,
te buscan y apetecen presintiendo tu forma.
Si las horas cediesen su afán y su dureza,

te esperaría dulce, calladamente quieto,
con los ojos abiertos a la paz infinita
del cielo que recoge y hace azul nuestra angustia,
y que rodea firme nuestra voz con su aliento
destrenzado y ausente del dolor de la tierra.

Pero ahora me destroza tu ausencia y mi deseo,
lo seco de mis labios en espera continua.
Me queman y hacen sangre tu recuerdo y mi beso
en el hueco angustioso de las horas vacías.
El árbol se conmueve del viento que precisa
y el agua encuentra siempre su camino en los juncos.
Solo yo me revuelvo sobre luces perdidas,
con los nervios templados en un dolor constante
que me amarga y deshace sin tu mano en la frente.
La voluntad es pobre cuando le falta el aire
en que mover los brazos y buscar las estrellas.
Tú serías mi aire, la conca de mis sueños,

y en las cálidas horas de tu forma y tus brazos,
esta luz que me falta, que anhelo de tus labios,
salvaría su muerte en presencias dulcísimas
verdeciendo en tu frente y en tus sienes amadas.

Chopos de la Poble de Claramunt,
atardecer, 1938.

ALTO tu corazón,

alta tu frente.

Sobre los chopos quietos de la tarde
voy callando mi sed, entregada a esta hora,
hacia tu luz quietísima y ardiente.

Tuviera yo tan alta la mirada
y ya callado el pecho para el cielo turbado,
y no sería tan claro y luminoso
como ahora que te siento.

Sobre tu corazón dulcemente subido,
en esa blanca carne que recuerdo

y tengo por mis labios tendida para siempre,
voy caminando noches
y gastando los días
en una dicha cierta que en la sangre me duele,
entregando mi grito a tus manos de niebla.

¡Qué pequeña la espina qué remueve mi pecho,
desde la rosa de tu corazón lejano!
Soy yo solo en el campo y en la nube risueña,
en soledades plenas de sentido y camino.
Tú, clavada en mi más tierno acento,
sosteniendo su cielo sobre la tierra dura
que rodea mi angustia y me deja sin voz,
estás aquí, conmigo, en mi recuerdo,
en esta acompañada soledad que muerde lentamente
y que sólo se pierde cuando las venas huyen
¡Oh, qué lucha encontrada en que yo me destruyo
y dulcemente hago nuevamente mi sangre
cuando la tuya advierto, callada, dulce y mía,
sobre las horas anchas que me llenan de fuego!

PRESENCIA

ALTA como la luz de primavera,
como la risa clara de la nube
que se entrega en el cielo, que lo sube
como la estrella cierta, la primera.

Así te quiero yo en abierta espera
desde que entre mis brazos te sostuve.
El corazón preciso que te tuve
las venas me recorre y apodera.

¡La angustia de tenerte sin tenerte!
Sobre el cruel afán de cada día
tu dulce voz me libra de la muerte,

y la muerte me coge y me desvía
cada hora con ímpetu más fuerte
en desamparo de tu voz y guía.

PERFIL DEL AIRE

A Joaquín Díez-Canedo

VOLUNTAD

¡QUÉ pequeña tristeza se guarda en mi calor!
Yo sé que hay ojos claros,
un negro terciopelo en que soñar los blancos,
un azul sobre un cielo que ha guardado la noche.
Sé también que la risa puede quebrar las ramas,
las ramas más tranquilas,
que el corazón no encuentra su latido más que en
las hojas húmedas,
que las sienes se hieren todas las tardes
en el morar inquieto de los lirios.

Pero los brazos hoy, no aguardan sólo el amor
del alba,

y los dedos abiertos quieren fervor de lunas
en que encontrar callado el grito de la vida.
¡Qué angustia es el saber, el estar cierto,
el tener el recuerdo llagándonos los labios
con luces de un pasado en su dolor de ahora!
Ya ni la noche puede.

Este volverse abierto a un lago poseído
que en su quietud repasa nuestra angustia
y recoge del viento las ramas que han dorado
su latido sin vena que le lleve la sangre...
¡Qué vida tan cercana,
qué sentir nuestro impulso
verdeciendo aquel árbol en los ojos,
salpicando estrellas de los fuegos más propios!

Y la vida nos salta como un grito,
nos agarra las sienes de un fervor que nos lleva.
Tenemos la mañana llamándonos al ansia
y en los brazos nos quiebra para siempre la muerte.

Yo sé que esto se vence,
que los ríos se saltan con los pájaros nuevos,
y que en el otro lado
nos aguarda el temblor de lo intacto.
Lloraré su alegría encontrada
que nos canta la llama del triunfo,
como un árbol sin viento, alto de aire.

HORA

LA noche es un silencio para escuchar los árboles,
para perder la vida en un sueño de hojas,
para encontrarle luego las sienes a la aurora
que llega cuando al cuerpo se le ha dormido el pulso.
Es la hora tendida dulcemente en los labios,
que tiembla el gozo contenido de las aguas de un mar
en que espera la muerte el sabor de los brazos.

Pero la luz se finge en tu abierta cintura presente,
y encuentro la dulzura de las noches sin alas,
de los pinos que abren su camino a las manos.
Puedo gritar ahora el sabor de tus hombros,

el cielo abierto y suave que tus manos ocultan,
que al ver pasar un río adivino tu cuerpo.

Es ahora mi hora, la hora
en que la angustia muere con sus constantes pájaros
en el árbol frondoso que me crece en la sangre.

MUERTE

EL aire se ha muerto
y las ramas se quedan.
La esquina se encuentra
con la muerte pálida
que finge su piedra.
Todo se renueva
huyendo en sus líneas.
Las ramas se quedan.
Sobre mi ventana,
el suave cadáver del aire.
Se mueve en mis sienes.

LUZ PRESA

¡QUÉ luz entrega su misterio
en la flor más nueva,
en la más cansada imagen no soñada
y ya eternamente sentida!
Todo lo que presiento,
esa angustia de saber y tener
y no tener ni saber sobre la mano,
en el abierto cielo de los ojos,
me encuentro ahora en la rosa
del momento tendido.
Toda la tarde encuentra su camino,
todo marcha en compartido impulso,

el cielo con el aire,
el árbol con el agua,
la mano con el viento.

ANGUSTIA DE LA TIERRA

Para Vicente Gaos.

DESCUBRIR la tierra, su angustia levantada,
como se encuentra el cielo de repente desnudo.

Es una frente desamparada al sol,

esa escondida luz de unos ojos perdidos.

Difícil el misterio de su aire y su suelo,

difícil recojerlo, aunque intenten las manos

desesperadamente

y se cierran los ojos guardando su dolor apercebido.

Difícil es su logro, su amor ardiente o frío,

cuando todo se abre en un dolor profundo

al calor de su sangre desatentada, oscura,

que oscuramente corre con la nuestra en las venas
irguiéndolas de fuerza y penetrante anhelo.

!Oh, infinita dulzura, angustia verdadera
de mi sangre y mis sienes confundidas

en la sola luz parada, tremenda, de la tierra!

Yo siento aquí, en mis manos, en las yemas sedientas,

la fuerza clara y noble de perdidos olivos,

de piedras quemadas, de quietísimas aguas

que me forman e integran con su savia tan viva,

como el más hondo muro de ignoradas ventanas

en que vive mi alma su vivísima muerte.

Confundido en tu aliento, tierra que me rodeas,

agonizo contigo de tierra agonizante

y contigo revivo de revivida tierra.

VEGA

EL contenido gozo de la tarde
en la rama se mece y se demuda
para ofrecerse a la mirada muda
y al amoroso aire que le aguarde.

Mi pecho separado se retarde
en su luchar de muertes y de duda
para alcanzar su plenitud desnuda
en esta hora que en el cielo arde.

Con todo voy entrando y entregando
a su dulzura clara y enramada
que las más puras venas van soñando.

Y mi dolor y angustia derramada,
su desazón abierta van calmando
sobre la dócil hierba enamorada.

7

TARDE

Para Ignacio G. del Castillo:

TARDE, milagro escondido
en alas de un ancho pájaro
de sangre desvanecido.

Por tus luces he querido
entrarme en la muerte clara,
y mis ojos se han herido

en tu vuelo perseguido.

Y en el árbol solo, abierto,
¡cuánta vida me ha cogido!

INDICE

	PÁGS.
FRANCISCO GINER, por Juan Ramón Jiménez	9
ARDOR CONSTANTE	11
AUSENCIA	15
1. El cielo todo se enciende de miradas...	19
2. Vosotros, los alegres...	21
3. Estas manos que un tiempo...	23
4. Dos poemas desesperados	24
5. ¡Ahora sí te recuerdo!...	27
6. Recuerdo	29
7. Angustia	31
8. Tengo entero por mí...	33
SUEÑO ABIERTO	35
1. Presencia tuya	39
2. Hoy, febrero, tarde de tu carta	43
3. De soñarte y llevarte...	46
4. Se ha levantado el cielo...	49
5. Tarde	51
6. Noche	53
7. Me estoy volviendo a mí,...	55
8. El encendido cielo de tu frente...	57
9. Tu figura pequeña va llenando mi noche...	59
10. Alto tu corazón,...	62
11. Presencia	64

	PÁGS.
PERFIL DEL AIRE	67
1. Voluntad	69
2. Hora	72
3. Muerte	74
4. Luz presa	75
5. Angustia de la tierra	77
6. Vega	79
7. Tarde	81

Este libro se acabó de imprimir el
23 de mayo de 1940, en los ta-
lleres de *Artes Gráficas Co-*
merciales, S. C. L., en tipos
Kleunkens de 12 puntos
y papel Eggshell Blan-
co "Book" de 70
lbs., y al cuida-
do del autor 

